

Conversaciones

UNA NACION MALTRECHA EN LIBERTAD BAJO PALABRA

Por Miguel Angel Gozalo

“La historia universal se ha convertido para los polacos en un juicio ejecutivo.” Karl Kraus

Los escaños del Congreso de los Diputados se han ido llenando poco a poco. Hay sesión plenaria, que, como en cualquier parlamento del mundo, se inicia con varios asientos vacíos. La nieve de un riguroso diciembre tiene a Varsovia enfurruñada y aterida. La capital de Polonia aparece hoy desdibujada, adusta y sombría. Pero en el Parlamento hace calor: la primavera va por dentro. Los diputados forman corrillos, cuchichean, rien, se pasan el periódico. Una gran colgadura con los colores de la bandera nacional preside el hemiciclo, a cuya derecha, en un estrado, a la vista de todo el mundo, se sitúa el Gobierno. En el primer banco, con su barba de profesor, está ya el líder del grupo parlamentario de «Solidaridad», Bronislaw Geremek, dispuesto a defender, en cuanto el presidente de la cámara le conceda la palabra, la reforma de la Constitución.

Hoy es un día histórico en este «Sejm» renovado tras las elecciones de junio. Reformar las constituciones de los países con socialismo real, suprimiendo el papel dirigente que en ellas se otorgaba al Partido Comunista, se ha convertido en una obsesión de los nuevos responsables políticos que, en el Este de Europa, parecen decididos a cambiar la Historia. Polonia, pionera en la lucha por la nueva democracia, no es una excepción. También tiene que modificar su Constitución si quiere que el pluralismo avance sin cortapisas. La Checoslovaquia ruidosa de estos días acaba de hacerlo. «Nos han ganado en eso por una cabeza», me dice con sonriente pesar un periodista sentado a mi lado en la tribuna de prensa, en la planta alta del Parlamento.

En frente, en la misma parte superior del hemiciclo, un dosel dota de cierta solemnidad a la primera tribuna, que presenta en la barandilla el escudo nacional del águila blanca de los Piast sobre fondo rojo. De pronto, un hombre serio e inexpresivo, con



El general Jaruzelski, jefe del Estado, sigue desde su tribuna las sesiones del «Sejm»: es el triunfo de la cohabitación.

gafas oscuras y posición envarada, se sienta a escuchar con suma atención a los oradores desde ese palco preferente. Es el jefe de Estado, General Jaruzelski, al que el compromiso logrado entre la Iglesia católica, el sindicato «Solidaridad» y el Ejército, con el instinto de Lech Walesa como principal activo, ha permitido rehabilitarse como «patriota polaco» a los ojos del mundo.

Hace ocho años este general dio un golpe de Estado, declaró el estado de guerra y cortó a sangre y fuego la rebelión política encabezada por el movimiento «Solidaridad». Ha sido esta, sin duda, una década prodigiosa, y entre los prodigios que es posible contemplar en Polonia hoy está el ver en el Parlamento al general Jaruzelski mientras escucha silencioso, desde su palco de honor, protegido por el escudo de la Patria —ese «campo de juego de Dios», como ha llamado a Polonia el historiador británico Norman Davies— lo que dicen los hombres que él envió, con la complicidad soviética, a la cárcel y a la deportación y que ahora lucen en la solapa, como un desafío, una palabra escrita con torturados caracteres: «Solidarnosc».

UN NUEVO LENGUAJE

El profesor Geremek habla sin papeles, seguro y elocuente. Es probablemente la estrella de esta Cámara baja, en la que la oposición no tiene todavía, en virtud de los acuerdos de la mesa redonda que hicieron posible la salida de la crisis, toda la representación que podrán obtener con elecciones totalmente libres. El historiador fue uno de los tres candidatos a jefe del Gobierno, con Jacek Kuron y Tadeusz Mazowiecki, pero Walesa prefirió mantenerlo como jefe del grupo parlamentario de «Solidaridad.» Su voz es la voz del sindicato, ese conglomerado ideológico donde antiguos izquierdistas —como el propio Geremek y Adam Michnik— se juntan con católicos, sindicalistas puros, obreros sin etiqueta y estudiantes rebeldes, en un amplio movimiento de renovación nacional.

Como diría el escritor Witold Gombrowicz, representante de la vanguardia literaria polaca, esta es también una generación «en rebeldía contra la historia». Ha sido Gombrowicz quien mejor ha descrito algunas de las contradicciones vitales de este gran pueblo, que sólo fugazmente ha conocido la verdadera independencia. Hablando de ella escribió: «Entrábamos en la independencia sin ilusiones, y no disponíamos de un lenguaje con el que expresar nuestro apego a Polonia, ya que el heredado había en-

Conversaciones

vejecido totalmente, y nadie nos había enseñado uno nuevo, auténtico, hecho a nuestra medida, a la medida de nuestro género y estilo. Eramos en este sentido completamente salvajes... estábamos mudos. Y, sin embargo, todos éramos indudablemente polacos, lo cual se reveló cuando esa extraña independencia fue derrotada primero por los alemanes y más tarde por el comunismo.»

Polonia ha recuperado su voz, y está inventando ahora un lenguaje nuevo, auténtico, hecho a su medida. El Parlamento es hoy expresión de este nuevo lenguaje, y Geremek uno de sus más capaces representantes. Por ello, en la primera pausa de la sesión, el equipo de NUEVA REVISTA se acercó a su despacho y dialogó con él, para intentar desentrañar las dudas constitucionales que plantea la andadura polaca. ¿Se mantendrán los compromisos adoptados en la «mesa redonda», que dieron paso a las elecciones de junio, en las que el triunfo de la oposición fue incluso superior a lo esperado? ¿Es firme la cohabitación de «Solidaridad» con los comunistas, que ocupan la Jefatura del Estado y cuatro puestos en el Gobierno, entre ellos las decisivas carteras de Interior y Defensa?

Pero, además, hay otros problemas en la Polonia de hoy. Uno especialmente visible por el viajero asediado a la puerta del hotel por los numerosos cambistas de *zlotys* a dólares y que se asome a uno de los desabastecidos comercios de Varsovia: el económico. El primer ministro Mazowiecki sufrió un aparatoso desmayo en su primera comparecencia ante el Congreso de los Diputados, mientras hablaba de la situación del país y, cuando recobró las fuerzas, dijo: «Mi salud es como la economía de Polonia. Pero la economía se recuperará como yo me he recuperado.»

UNA NUEVA CONSTITUCION

Tadeusz Mazowiecki es el político católico, ex periodista y jurista de formación, al que Lech Walesa ha elegido para pilotar el Gobierno en estos momentos críticos. Los primeros *cien días* de frenética actividad como primer ministro no le han ahorrado dificultades: Polonia es una pura contradicción, un ejercicio permanente en la cuerda floja.

Viudo, sencillo, amigo del Papa Wojtila, Mazowiecki tiene fama de no dormir apenas y una salud quebradiza. Su expresión levemente dramática, en la que la vitalidad de la mirada no oculta un gesto de preocupación, es como un símbolo de la Polonia de hoy: un país maltrecho en liber-

LOS REYES Y WALESA EN VARSOVIA (octubre de 1989).



El primer ministro Mazowiecki considera que la visita real a Polonia fue un acontecimiento para su país y un ejemplo de la nueva política exterior polaca, dispuesta a jugar un papel estabilizador en Europa.

tad bajo palabra. La palabra de quienes, dentro y fuera de la nación, han aceptado emprender el camino de las profundas reformas políticas para consolidar el definitivo salto hacia adelante de un pueblo que ha dado al mundo a Copérnico, a Chopin y a Marie Curie, pero que ha vivido mucho tiempo bajo lo que Davies llama «la herencia de la humillación.»

El historiador Bronislaw Geremek, como salta a la vista, no es un líder obrero. Profesor famoso, usa corbata y gemelos y un correcto traje gris a rayas. Políglota, su francés es fluido y cuidado: «*La Pologne a un certain mérite. Nous avons commencé ce processus de décomposition du communisme et si maintenant la situation a changé dans l'Europe centrale, c'est la Pologne qui a donné le signe...*»

Ese «cierto mérito» polaco respecto a lo que está pasando en Europa es en buena medida un mérito de «Solidaridad», el punto de encuentro, como dice Geremek, «de intelectuales y obreros, que hizo posible que la solidaridad humana de diferentes medios sociales se realizara en el interior de un mismo movimiento». El historiador y político no oculta su admiración por Lech Walesa, que, cuando Mazowiecki y él mismo se presentaron en Gdansk, el 20 de agosto de 1980, con una carta de apoyo firmada por ochenta intelectuales, decidió, tras hablar con el comité de huelga, nombrar una comisión de expertos, bajo la presidencia del hoy jefe de Gobierno.

Geremek explica que el presidente Jaruzelski le acaba de mandar un recado: acepta su discurso, pero matizando las referencias al posible cambio de la ley electoral, actualmente firme tras los acuerdos de la mesa redonda, en virtud de la reforma constitucional. Según Geremek, se hace necesaria una nueva Constitución, en la que se defina la realidad política, y una ley electoral adaptada a la Constitución. El compromiso de la «mesa redonda» era necesario para la transición pacífica, y fue un compromiso muy pobre, muy modesto, un alarde de imaginación política, que no debe hipotecar el futuro.

Futuro es la palabra clave de este presente dinámico que vive Polonia. «Los partidos políticos hasta ahora satélites de los comunistas —explica Geremek— han visto algo delante, y es el soplo de la libertad. No se quieren quedar atados a un Partido Comunista que pierde terreno.» Pero el líder parlamentario de «Solidaridad» no oculta que también los comunistas han exhibido imaginación, pues sin el contrato firmado estarían en una situación cien veces peor de lo que estaban, y así pueden socialdemocratizar el partido, lo que será bueno para Po-

ENTRE EL AYER Y EL MAÑANA

Por J. Axer

En un momento en el que Polonia empieza a golpear enérgicamente las puertas de la aún no construida «casa (¿hotel? ¿venta?) común europea» preocupada por el alojamiento que le corresponderá en ella, la gran mayoría de los ciudadanos desea ayudar en este traslado. Tenemos pues estos músculos deshabitados al trabajo, rescatemos del fondo de los cajones los certificados y las cartas de recomendación que deben facilitar el domiciliarnos. ¿Qué puede ofrecer un filólogo clásico? El documento está seriamente deteriorado, pero es auténtico, ha sido una declaración de fidelidad para con la tradición cultural mediterránea.

El documento consta de varios párrafos. El primero, y más importante, fue redactado cuando, hace mil años, recibimos el bautismo según el rito católico, y dimos forma a nuestra lengua con signos del alfabeto latino. Separándose del Este eslavo, Polonia puso sus ojos en el mundo que había heredado los valores del Imperio de Occidente. Decidió hacer suyo el pasado de ese mundo, se comprometió a levantar monumentos a sus héroes, a leer sus libros, a respetar sus leyes y a usar el latín.



El profesor Axer y Miguel Angel Gozalo.

La expresión más sobresaliente de este propósito tuvo lugar en el Siglo de Oro. La potencia plurinacional de los Jaguelones, una Commonwealth polaca que se extendía desde el Báltico hasta casi el Mar Negro, desde Kiev hasta Poznan, se sentía copropietaria totalmente legítima de la herencia del mundo clásico. Es más, ese Estado situado, prácticamente al margen del horizonte geográfico del mundo antiguo, se consideraba a sí mismo como la nueva reencarnación de la Res Publica Romanorum. ¿Complejos provinciales? Quizás. Pero asimismo un elemento verdaderamente real del pensamiento de los polacos de aquel entonces. El Estado que crearon, una república parlamentaria con un

monarca elegido no hereditario, garantizaba la libertad de los individuos y una tolerancia de un nivel poco frecuente en el mundo de aquella época. El republicanismo polaco exaltaba a Cicerón y se servía de su lengua, porque la sociedad ciudadana Rei Publicae Polonorum era bilingüe: polaco y latínohablante. El latín funcionaba en ella como lengua viva, como lengua común de la élite de un Estado plurinacional. «Polonus sum Latine loquor», declaraba el noble polaco —eques Polonus— que disponía de una ley electoral que le permitía elegir y ser elegido.

Entre una Prusia protestante, una Rusia ortodoxa y una Turquía musulmana se había formado un Estado carente de fronteras naturales pero con unas fronteras culturales claramente definidas. Este territorio que pertenecía, sin lugar a dudas, a la «Europa familiar» (usando aquí el título de uno de los libros de Czeslaw Milosz) vivió y transformó de una manera particular y original aquella herencia común.

De una manera totalmente distinta dio su testimonio de fidelidad el siglo pasado, en el que este Estado, repartido entre sus vecinos, dejó de existir y en el que el pueblo buscó refugio en el reino libre del alma. Precisamente entonces aprendimos a creer que «la última fortaleza de una nación es su corazón, una fortaleza inexpugnable» (en palabras del gran historiador de aquel entonces Joachim Lelewel). Esta fortaleza del corazón se vio afianzada por el gran apego a la fe, a la cultura y a las costumbres de Occidente. El mando de este bastión les fue ofrecido a los poetas románticos (Mickiewicz, Slowacki, Krasiński), quienes reciben en nuestra tierra el nombre de profetas y son leídos como si de la Biblia se tratase. Los enemigos eran amenazados desde las murallas con las palabras de Virgilio: Orietur ultor!

Así pues cuando Józef Pilsudski, resucitador de la Polonia independiente tras la Primera Guerra mundial, decía que lo habían hecho caballero de la libertad las lecturas de los clásicos griegos y romanos no se trataba de mera palabrería.

Hoy Polonia intenta, una vez más, su regreso a Europa. En ese camino puede ser de especial ayuda lo que de pasado tiene el presente. La memoria histórica inextinguible, pese a la decadencia de la civilización y a la ruina económica, dirige nuestra atención hacia las raíces comunes y permite sacar ánimo de ese conocimiento sobre el lugar de Polonia en la comunidad mediterránea y cristiana de herencia europea.

JERZY AXER, catedrático de la Universidad de Varsovia. Trad. Abel A. Murcia Soriano.

lonia. No es conveniente la descomposición total de un partido que ha representado la opinión de millares de personas, del Ejército y de la Policía.

LA RESISTENCIA CAMPESINA

Sobre cuáles van a ser, en ese futuro que planea sobre este Parlamento en ebullición, los partidos fundamentales, los actuales rectores de la política polaca no se pronuncian todavía con nitidez. Hay uno claro en el horizonte, el campesino, fuerza tradicional en Polonia, donde la mitad de la población vive en y del campo, y que ya contaba con representación en el anquilosado sistema anterior. Y en este mismo edificio del «Sejm», sin acomodo definitivo todavía, tiene su despacho, como vicepresidente del Senado o Cámara Alta, uno de los principales líderes del campo polaco: Jozef Slisz.

Cuando el juvenil Gombrowicz rastreaba en Varsovia, en medio de «caras abúlicas, apagadas, miserables, de indigencia paralizadora y pesadez eslava», a la vuelta de un viaje por Francia, «las huellas de esa falta de europeísmo, tratando de describir en qué consistía esa condición fronteriza de Polonia respecto a Europa» anotó en sus *Recuerdos de Polonia*, como un hecho diferencial de su país, «esas raras vestimentas, no europeas, exóticas». Al escritor que pasó un cuarto de siglo en Argentina y es hoy la estrella de la literatura polaca le hubiera chocado, sin duda, que el vicepresidente del Senado —un hombre alto y fuerte, de 56 años, tres hijos y dos nietos— vista una camisa amarilla sin corbata y use zapatillas deportivas. Pero en Polonia hoy las formalidades parecen superadas. Los nuevos ministros llevan jerseys y pantalones de pana. Slisz, además de propietario rural que cría ganado porcino, es el senador que más votos ha conquistado en las elecciones de junio. Político a la fuerza «por necesidad del guión», encarna esa voluntad polaca de origen rural que da ciertas características muy peculiares a este pueblo a los ojos del mundo. Quizá cuando Stalin dijo que «introducir el comunismo en Polonia es como ensillar una vaca» no andaba tan descaminado.

«Lo que tenemos que hacer es votar una nueva Constitución y convocar elecciones libres antes de que termine la actual legislatura, sin esperar los cuatro años reglamentarios. Sólo entonces la Cámara Baja representará la voluntad del electorado», dice de entrada este labriego madrugador, que no renuncia a cultivar sus quince hectáreas de tierra propia aunque debe compaginar su trabajo en el campo con las horas de estan- ♦♦♦

Conversaciones

Bronislaw Geremek, jefe del grupo parlamentario y antiguo presidente del «Senado» de Walesa.



No es conveniente la descomposición total del Partido Comunista, que ha representado la opinión de millares de personas.

CALENDARIO DEL OCASO Y LA RECUPERACION

1944 julio: Antes de comenzar su ofensiva contra la Alemania nazi en el territorio de Polonia, la URSS crea un gobierno comunista polaco con sede en Lublin.

Septiembre: La insurrección de Varsovia del ejército clandestino polaco fiel al gobierno en la emigración en Londres es sangrientamente aplastada por los nazis.

1945 febrero: Las cuatro potencias aliadas acuerdan en Yalta la creación de un gobierno provisional polaco por el procedimiento de incorporación al gobierno comunista de Lublin de representantes del gobierno legal en la emigración en Londres y afirman que en Polonia deben celebrarse «lo antes posible» unas elecciones legislativas democráticas.

Febrero: La policía secreta soviética «NKVD» secuestra en Varsovia a 16 máximos dirigentes militares y políticos polacos de la clandestinidad.

Junio: Mientras el antiguo primer ministro polaco del gobierno de Londres, Stanislaw Mikolajczyk, negocia su incorporación al gobierno provisional acordado en Yalta, la URSS procesa en Moscú a los 16 líderes de la Polonia clandestina.

1947 enero: El régimen comunista gana por un espectacular «pucherazo» las elecciones legislativas prometidas en Yalta. Las elecciones se desarrollan en un ambiente de feroz represión del partido de la oposición encabezado por el viceprimer ministro Mikolajczyk.

1948: El P. C. absorbe el último reducto de una oposición socialista moderada, el partido socialista polaco. Se funda el «Partido Unificado de Polonia». Con la destitución y encarcelamiento del líder comunista del ala nacionalista moderada Wladyslaw Gomulka y su sustitución por Boleslaw Bierut, incondicional aliado de Stalin, culmina la estalinización de Polonia.

1956: En Poznan, ciudad industrial al Oeste de Polonia, se produce una primera rebelión obrera duramente reprimida por las fuerzas armadas.

Octubre: Vuelve al poder el líder comunista Wladyslaw Gomulka y comienza limitadas medidas de desestalinización, purga en el aparato de seguridad y algunas medidas de democratización.

1965: Los obispos católicos polacos dirigen una carta a los obispos alemanes, «perdonamos y pedimos perdón», que acarrea una ola de represalias comunistas contra la Iglesia católica polaca.

1968 marzo: El sector nacional-comunista encabezado por el general Mieczyslaw Moczar, rival de Gomulka, aprovecha una revuelta estudiantil en defensa de la libertad de expresión, para desatar una campaña antisemita y antiliberal. Es encarcelado el joven estudiante de Historia Adam Michnik y expulsado de la Universidad el filósofo Leszek Kolakowski. Termina la corriente del revisionismo marxista.

1970 diciembre: En varias ciudades de Polonia, entre ellas Gdansk, miles de obreros protestan en las calles por la subida de precios. La huelga en Gdansk, con un joven obrero

cia en el despacho del Senado —cuyas ventanas están abiertas, a pesar de la nieve del alféizar— y que se perfila como uno de los líderes más influyentes del campesinado.

Es cosa sabida que, en el paisaje diseñado por Stalin para el Este de Europa, el líder comunista polaco Gomulka se permitió hacer algunas correcciones. Los polacos no podían rechazar el imponente «Palacio de la Cultura y de las Ciencias», regalo del pueblo de la URSS, que, en la confluencia de las dos calles más importantes de Varsovia —Jerozolimskie y Marszaewska— pone una desafortunada nota de «gótico estaliniano moscovita» a orillas del Vístula, ni impedir que se construyera una ciudad nueva —Nowa Huta— junto a la histórica Cracovia, para albergar en ella el ronco sonido de la mayor acería del país, aunque sin una sola iglesia, porque los obreros indus-

triales iban a ser, de acuerdo con la nueva filosofía, «hombres nuevos.» Pero si consiguieron, a partir de 1956, ciertas concesiones estratégicas por parte soviética, entre ellas el que subsistieran lo que el historiador Davies llama los tres elementos específicos del orden polaco: una Iglesia católica independiente, un campesinado libre y una curiosa especie de pluralismo político fáctico.

El campo libró la guerra de la supervivencia por su cuenta. Las granjas colectivas sólo se mantuvieron en los raros lugares donde constituían la solución menos mala, como en los inmensos territorios que antes habían formado parte de Alemania. Pero más del 80 por cien de las tierras cultivadas volvieron a la explotación privada. Como Jozef Slisz, miles de polacos siguen siendo propietarios de parcelas y ganado y

del Astillero «Lenin», Lech Walesa, como miembro del comité de huelga, es reprimida a tiros con cientos de muertos. La revuelta obrera y la dura represión provocan la caída de Wladyslaw Gomulka.

1971 enero: Con la llegada al poder de Edward Gierek comienza la década de la «falsa prosperidad» polaca a base de créditos occidentales y una represión moderada.

1976: Una nueva revuelta obrera en Radom y Ursus, reprimida sin armas de fuego pero con masivos despidos y juicios sumarios, despierta un movimiento de solidaridad de los intelectuales que fundan el comité de defensa de los obreros «KOR».

1978: En Gdansk círculos próximos al «KOR» fundan los primeros sindicatos libres entre cuyos primeros militantes está Lech Walesa. En Varsovia florece la oposición intelectual que organiza una «universidad volante».

1980 julio: Estallan en varias ciudades huelgas obreras pidiendo aumentos de salarios. El régimen no responde por vez primera con represalias.

Agosto: Se declara en huelga el Astillero «Lenin» en Gdansk con Lech Walesa al frente del comité de huelga. Dos intelectuales de Varsovia, Bronislaw Geremek y Tadeusz Mazowiecki, entregan a Walesa una carta de solidaridad de los intelectuales del país y son nombrados por Walesa como expertos para ayudar a redactar las reivindicaciones y llevar a cabo negociaciones con el régimen. El 31 de agosto se firma el acuerdo por el que se fundan los sindicatos libres «Solidarnosc».

1981 diciembre: El 13 de diciembre el régimen comunista proclama el estado de guerra terminando los 16 meses de la primera época legal de «Solidarnosc». Walesa es internado junto con la plana mayor de «Solidarnosc». Algunos líderes del sindicato pasan a la clandestinidad.

1988 mayo-agosto: Nuevas huelgas encabezadas por Lech Walesa cierran el período de la experiencia semirreformista de un régimen comunista ilustrado del general Jaruzelski. Comienzan los primeros contactos del régimen con la oposición de «Solidarnosc».

1989 febrero: En Varsovia, el general Kiszczak, ministro de Interior y Lech Walesa, presidente de «Solidarnosc», comienzan las negociaciones de la «mesa redonda».

Abril: El 6 de abril el régimen y «Solidarnosc» acuerdan restituir legalmente «Solidarnosc» y llevar a cabo unas elecciones legislativas semidemocráticas pactadas.

Junio: El 4 de junio los candidatos de «Solidarnosc» triunfan rotundamente en las elecciones quedándose con el máximo número de escaños obtenibles en el SEJM (Cámara Baja) 161, y con 99 de los 100 escaños en el Senado.

Julio: El 19 de julio el general Jaruzelski es elegido presidente de Polonia por un voto de diferencia.

Agosto: El 12 de agosto Tadeusz Mazowiecki es nombrado Jefe de Gobierno, el primer gobierno no comunista en la posguerra polaca y en toda la Europa del Este.

Maciej Stasinski

constituyen el fermento natural de un poderoso movimiento.

TRES CORRIENTES

Hay tres corrientes políticas fundamentales en el sector agrícola de Polonia: el antiguo Partido Campesino satélite del Partido Comunista; el grupo que formaban tradicionalmente los campesinos ligados al Partido Popular, y, por último, el colectivo de los campesinos afiliados a «Solidarnosc», que, a partir de 1981, dirige este hombre tranquilo, de un cierto parecido físico con el actor Robert Mitchum. Estas dos últimas corrientes llevan las mismas siglas, PSL, pero Slisz ha añadido a su agrupación la palabra mágica —Solidarnosc— que es como «la denominación de origen» de la

oposición en Polonia. «El pasado mes de noviembre, a invitación del Episcopado, las tres corrientes hemos celebrado una reunión para intentar el acercamiento del movimiento campesino, acordando crear una comisión que se encargará de preparar un congreso de unificación en el primer trimestre de 1990. Nosotros la queremos, por supuesto, y vamos a esforzarnos por conseguirla. A las elecciones locales de junio deberíamos ir ya unificados», dice el vicepresidente del Senado, quien, como Geremek, ve la situación muy fluida por la descomposición del Partido Comunista. «Haber colaborado con los comunistas es un descrédito para el futuro. De ahí la desbandada... Pero tenemos que proceder con delicadeza y hacer las reformas en un tiempo prolongado, para que los que controlan antiguas estructuras básicas del país, todavía en manos comu-

Josef Slisz, líder del sindicato campesino de «Solidarnosc».



Los campesinos queremos ir juntos a las elecciones de junio, pero tenemos que ser prudentes y hacer las reformas en un tiempo prolongado.

Conversaciones

Alexander Hall, ministro para las relaciones con los partidos.



Solidarnosc no es sólo un sindicato, sino un movimiento, basado en el rechazo al totalitarismo.

♦♦♦

nistas, como son el Ejército, la Policía secreta y la Policía política, no se sientan amenazados y no piensan que queremos hacer tabla rasa», señala Slisz.

La prudencia se ha convertido, tras los broncos acontecimientos del pasado, en una virtud polaca. El encuentro entre Jaruzelski y Walesa, después de ocho años de mutuo desdén, marcó la pauta a seguir. El general dejó para la crónica de aquella reanudación de relaciones una frase significativa: «Dos montañas no pueden encontrarse, pero dos hombres, sí.»

El caso es que Lech Walesa es ambas cosas, hombre y montaña a la vez. Renunciando a ser un «hombre de mármol», de acuerdo con la iconografía comunista que llevó al cine Andrej Wadja (hoy senador de «Solidaridad», cuya campaña electoral dirigió) ha preferido ser un hombre maleable, como alguno de los metales que el antiguo electricista manejaba en los astilleros de Gdansk. Ello posibilitó que en «la mesa redonda», sugerida por Mazowiecki, se impusiera la convivencia y no el resentimiento, que el negociador por parte del Gobierno, general Kiszczak —hoy ministro del Interior— pudiera decir que «sólo hay un vencedor: la nación» y que, como explica Slisz, «a pesar de que todos los que allí acudimos habíamos tenido problemas con la policía, saludáramos tranquilamente a quienes nos habían encarcelado y aceptáramos el diálogo.»

Las conversaciones de la mesa redonda abrieron la vía de la negociación y alumbraron el equilibrio que preside la actual vida polaca. «Todos aprendimos allí mucho, ellos también. Entre otras cosas evitar conflictos innecesarios, porque si nuestra política fracasara ahora, no saldría perjudicada sólo Polonia, sino otros países del Este de Europa», dice el vicepresidente del Senado.

LA HORA DE LOS PARTIDOS

La apelación a la prudencia está en todos los labios, incluso en los de los que tienen fama de más levantiscos, como Adam Michnik o su compañero en la fundación del KOR (Comité de Defensa de los Trabajadores), el hoy ministro de Trabajo Jacek Kuron. «La no violencia fue el medio más eficaz de lucha contra la tiranía», explica el medievalista Geremek, «cabeza de huevo» de «Solidaridad» y hoy hombre clave en el grupo parlamentario, que, si los vientos liberalizadores en materia económica tienen que soplar con fuerza, para sacar al país del pozo en que está metido, puede vivir más de un conflicto en su propio seno.

Porque ¿sabe alguien cuál es la ideolo-

AL FIN LIBRES Y SIN MIEDO

La más visible novedad que un periodista o político que haya visitado antes la ciudad encuentra en la Varsovia de hoy —después de la «mesa redonda», de las elecciones de junio y del gobierno de «Solidaridad»— es una sensación de libertad. Los interlocutores no tienen miedo a los micrófonos —aunque quizá no haya habido oportunidad de quitarlos todos— ni reservas para hablar.

Ha desaparecido la censura. El diario más vendido, con muy notable diferencia, es la «Gaceta electoral», que creó «Solidaridad» para la campaña electoral. Su éxito prueba que los políticos y escritores del sindicato conservan intacta la confianza popular que les testimoniaron las urnas. La televisión es abierta y nada partidista. En sus pantallas se puede ver a diarios a políticos que hace unos años, con el mismo Jefe del Estado, y estando en el poder algunos comunistas de los que todavía siguen, fueron encarcelados. Tales son los casos del actual primer ministro, Mazowiecki, o del titular de Trabajo, Kuron, o del diputado y director de la «Gaceta», Michnick. Otros personajes, que hoy están igualmente en el poder, y en las pantallas, no fueron formalmente presos, sino sólo confinados o privados de pasaporte e impedidos de salir del país, o de volver a entrar, si habían logrado partir. El propio Walesa no pudo acudir en noviembre del 83 a recoger el Premio Nobel de la Paz, porque sabía que después no se le permitiría regresar a Polonia. Ahora, en sus numerosos viajes por las cúpulas del mundo se le ve entrar y salir con las consideraciones de un «VIP» y casi como si fuera el jefe de un estado, aunque sólo ocupe la presidencia del Sindicato.

Entre los políticos de «Solidaridad» que están en el Parlamento y en el Gobierno reina un clima de entusiasmo que desborda en un ambiente de simpatía las no escasas manifestaciones de inexperiencia e improvisación que en muchos de ellos son más que perceptibles.

En las calles de Varsovia se venden en puestecillos que se acumulan en las aceras ante los «grandes almacenes» —tan poco provistos de objetos apetecibles— las cosas más diversas, en general no de mucha calidad. Desde modestos automóviles parados en los espaciosos andenes de la Marzalkowska, se ofrecen al viandante billetes de lotería, libros populares, por ejemplo, el famoso «Noc Generala» o «Noche del



Economía de mercado en la avenida Marszałkowska.

General)). En unas camionetas, irregularmente aparcadas, se venden frutas y carne de cerdo diestramente cortada por competentes tablajeros sobre el suelo mismo de la caja del vehículo.

Antes, la oposición polaca blasonaba de poseer la más grande editorial clandestina del mundo comunista, con cientos de títulos que estaban prohibidos por la dictadura. Ahora ya nada es clandestino. Las dificultades de los que quieren editar son la pobre calidad de las imprentas, la falta de recursos y la escasez de papel. El diario «Le Monde» ha regalado una antigua rotativa a la «Gaceta» de Varsovia; pero en la «Gaceta» no saben cómo resolver la cuestión de los fondos precisos para costear la instalación.

Los problemas más graves y profundos saltan a la vista: son el económico y la urgente y laboriosísima operación de una perestroika o reestructuración, que restablezca un verdadero sistema económico y des-

monte el inútil, frustrante y costosísimo aparato de la administración de todo por un estado incompetente.

A los polacos también les inquieta lo que pueda pasar en Alemania. Una pronta reunificación no pactada con alguien que garantice las fronteras nacionales, no dejaría de evocar fantasmas que no son sólo de ayer sino de siempre. Verse de nuevo entre dos gigantes, que cualquier día podrían volverse ambiciosos, no es tranquilizador para mucha gente. Rusos y germanos se han repartido Polonia varias veces desde mediados del siglo XVIII. Y declararon extinguido el Estado polaco en dos ocasiones.

El camino de la recuperación polaca será sin duda empresa ardua. Pero el país es rico en recursos naturales de permanente valor y, sobre todo, en los recursos humanos que representa una población cuantiosa, culta y avispada.

A. F.

gía dominante en «Solidaridad»? Un politólogo ilustre, de origen polaco, asesor del presidente norteamericano Carter, Zbigniew Brzezinski, dijo que, a la caída del comunismo, Hungría sería socialdemócrata y Polonia, demócrata-cristiana. Geremek explica que en «Solidaridad» hay más idearium democristiano que socialdemócrata, pero que el conglomerado presidido por Walesa no es sólo eso. «Es una composición de diferentes corrientes, y hay corrientes democráticas, liberales, socialdemócratas. Pero es, sobre todo, un movimiento que aglutina valores fundamentales antes que soluciones.»

Es el propio Geremek, mientras enciende su pipa, el que se pregunta: «¿Qué se quiere en primer lugar? ¿Una economía liberal o una economía que haga justicia a todo el mundo? Entonces es cuando aparecen las opciones de solución de programas, las orientaciones.»

De momento, averiguar cuántos partidos políticos se moverán en el mapa político de Polonia en el futuro no es algo que preocupe extraordinariamente a los dirigentes del país, asediados sobre todo por la grave crisis económica. «Ahora, dice Geremek, hay aquí menos partidos de los que había en España después de Franco, pero creo que vamos hacia la misma cifra. Tenemos unos treinta, pero son partidos de 40 o 50 miembros... El Partido Nacional cuenta con mil quinientos afiliados, y el socialista, con la mitad. Son más bien clubs políticos.»

Pero todos están de acuerdo en que las elecciones pasadas, para las que «Solidaridad» montó los Comités Cívicos, son un tanto atípicas. La normalidad parlamentaria impondrá los partidos políticos clásicos. Y hay un hombre en el Gobierno que tiene esa preocupación como oficio: Alexander Hall, uno de los siete ministros sin cartera de un Gabinete de 24, encargado de las relaciones del Gobierno con los partidos.

UN CAMINO ATÍPICO

La revista *Solidaridad*, fundada en 1980 por Mazowiecki, silenciada tras el golpe militar y reaparecida este año, ha publicado en portada una foto de gran oportunidad periodística y política: la estatua levantada en Varsovia en honor de Dzierzynski, un noble polaco que colaboró estrechamente con Lenin y Stalin y tiene el dudoso honor de haber fundado la tenebrosa «checa», cae en pedazos al suelo cuando iba a ser trasladada de sitio a causa de las obras del metro. El «clic» fotográfico ha captado, una vez más, algo más que un suceso: es la Historia, con mayúsculas la que está al fondo

Conversaciones

de esta foto, obtenida —como otra a propósito del traslado de la estatua de Lenin en Nowa Huta, unos días más tarde— mientras los jóvenes aplaudían el derribo de los símbolos del pasado comunista.

Uno se imagina que Alexander Hall, que tiene 35 años de edad, va en jersey, es de Gdansk y pasó casi tres años en la clandestinidad, podría haber estado ayer en la calle, gritando contra Dzierzynski y su estatua en el momento del derribo, o escribiendo alguna de las pintadas antisoviéticas que se ven en las paredes de Varsovia. Pero ahora es ministro y tiene su tiempo ocupado en ir aclarando el rompecabezas de la política polaca, donde los partidos aún no son plenamente representativos, «Solidaridad» asume un exceso de representatividad y las fuerzas que durante 40 años han gobernado el país todavía no se han retirado de la escena.

«El camino hacia la democracia en Polonia es un camino atípico», asegura. «La fuerza principal que empuja hacia ella ha sido y sigue siendo *Solidarnosc*. Pero jamás ha sido un movimiento uniforme, que se pueda definir sin más como un sindicato. Es un movimiento en el que los factores sindicales se entremezclan con los nacionales, políticos y sociales, y que tiene su fundamento básico en el rechazo del sistema totalitario. Por ello resulta lógico que el desarrollo de los acontecimientos nos plantee nuevos desafíos. Uno de los principales es saber dónde termina el movimiento sindical y donde empieza el político, formado por los comités cívicos.»

Para Hall, es aún pronto para saber si en el futuro será posible preservar la unidad del movimiento sindical o si se producirá una divergencia de caminos entre los dos grupos. Dependerá en buena parte, según él, de que el Partido Comunista mantenga su poder de influencia —en cuyo caso «Solidaridad» buscará su propia unidad— o no.

¿Cuál va a ser el mapa político definitivo? Hall explica que ya existe una veintena de grupos a los que se puede calificar de partidos, algunos de los cuales actúan desde dentro de «Solidaridad», y que tarde o temprano, habrá, como fuerzas dominantes, un *socialismo socialdemócrata*, un movimiento *popular o campesino*, y, más adelante, un *bloque de centro derecha*, algo así como la UPR francesa, con varias fuerzas políticas confederadas.

LA RUPTURA HISTORICA

En Polonia, según este activista de «Solidaridad» metido a ministro, existe un mar-

LOS VECINOS ALEMANES

El catálogo de las dificultades polacas no se limita a los problemas interiores, a las incómodas perspectivas económicas o a las contradicciones que crea la «cohabitación». Polonia era hasta ahora un satélite de la URSS y no tenía política exterior propia. Aliado obligatorio de los soviéticos, miembro del Pacto de Varsovia y del Comecón, Polonia se miraba resignada en el espejo de la historia, donde alternativamente se ha reflejado, por usar el título de una obra de Geremek, «la horca o la piedad». La mayoría de los polacos, ante la pregunta del historiador Norman Davies: «¿Por qué este país debe sufrir tales indignidades?», hacían suya la contestación del escritor inglés: «Sólo hay una respuesta posible, el interés de la Unión Soviética lo exige». Según Davies, «los polacos se ven obligados a asistir al desmantelamiento de su país sin la sombra de una razón verdadera, y a ver sus esperanzas destruidas sin pausas, y se preguntan si ellos son verdaderamente incompetentes, como sostienen los vecinos alemanes superficiales».

El vecino alemán y el vecino ruso han sido siempre «el otro» en la historia polaca. El otro: el antagonista, el enemigo, el invasor de Polonia, cuya política, como ha descrito Gombrowicz, se ha visto «limitada al máximo por la situación de este pequeño país, colocado en el corazón de una Europa movida por toda clase de convulsiones».

Ahora, Polonia ha recuperado su voz. En política exterior, también los vecinos tienen ya voz propia, y uno de ellos, Alemania Oriental, socio de los polacos bajo la hegemonía soviética, no se siente obligado a guardar las formas ante la posibilidad de derribar definitivamente el Muro de Berlín y unirse a la poderosa República Federal. Los fantasmas del pasado nunca se van del todo.

Algunos de esos fantasmas fueron los

que aparecieron cuando los polacos, que tradicionalmente se surten en la DDR de las mercancías que después revenden con todo desparpajo mundo adelante, vivieron en Berlín Este imprevistas escenas de xenofobia durante el pasado mes de diciembre: los eufóricos teutones no querían servir a estos polacos de alma fenicia. Mazowiecki envió una comisión a arreglar el problema, y amenazó con repatriar a los treinta mil compatriotas que trabajan, como «Gastarbeiter», en la Alemania comunista.

En la rueda de prensa que siguió a los incidentes, un periodista preguntó a la portavoz del Gobierno, que es el rostro amable de la nueva Polonia, si a la delegación polaca que había ido a negociar le habían servido de comer en Berlín, y Malgorzata Niezabitowska, sin perder la sonrisa, contestó: «No tenemos noticia de que estén hambrientos, pero si lo piden, les enviaremos comida...»

La crisis con Berlín Este y la negativa formal del canciller Kohl, que interrumpió su viaje a Polonia para ver con sus propios ojos la caída del Muro, a declarar inamovibles las fronteras de Yalta, han recordado a los polacos que, como dice el ministro de Asuntos Exteriores, el independiente Krzysztof Skubiszewski, «Polonia es soberana hacia el exterior e independiente en las cuestiones internas». Y en esa línea, además de decirles a los alemanes que las fronteras son intocables —cosa que respaldan todos los polacos, de Jaruzelski a Michnik— el ministro ha señalado que «hay que superar todo lo malo que se ha acumulado en las relaciones internacionales de la posguerra, desde la división en bloques militares a los nacionalismos exagerados».

Al otro vecino poderoso, la URSS, se le ha enviado un mensaje muy simple: el Pacto Ribbentrop-Molotov fue un crimen contra Polonia, y Katyn, donde fue asesinado por Stalin lo mejor del ejército polaco, algo por lo que hay que pedir perdón.

M.A.G.



La ministra portavoz del Gobierno y su adjunto con NUEVA REVISTA.

cado individualismo y unas ambiciones que no se pueden encerrar en una sola estructura política. Pero por encima de cualquier división sigue predominando la ruptura histórica entre quienes han presionado por un cambio hacia la democracia y quienes, aunque reformistas, han colaborado con el régimen comunista. «La gente se divide entre los que han colaborado y los que no han colaborado», dice Hall, «y si no fuera por esta línea divisoria entre *leales al régimen* y *leales a la oposición*, a los socialdemócratas de *Solidarnosc* les sería mucho más fácil encontrar una línea común con los reformistas del Partido Comunista que con los liberales radicales del movimiento sindical».

Aunque las cuestiones políticas parecen haber cedido el sello de urgencia a los asuntos económicos, el Ministerio sin cartera de Hall tiene como objetivo crear unas reglas de juego claras para que pueda expresarse el pluralismo político existente y desarrollarse de manera natural en el nuevo paisaje del país. Un paisaje que, según Alexander Hall, será en el futuro «una democracia parlamentaria sin más, si son sólo los polacos los que deciden su destino». Porque, a juicio del joven ministro, no está todavía definitivamente decidido el desarrollo de los acontecimientos en esta parte de Europa, sin que se pueda descartar la posibilidad de «desagradables sorpresas para Polonia».

No es Hall el único que expresa esta preocupación en esta Varsovia nevada que acaba de inaugurar un hotel de alto «standing» —el Marriott, norteamericano en todos sus detalles, que alza sus 40 pisos como contrapunto capitalista frente al desangelado Palacio de Stalin— y ve estos días sus tiendas «Pewes», donde sólo se compra con dólares, atiborradas de clientes. Michnik lo dice también y lo escribe, incluso, en su *Gazeta Wyborcza*. La vieja cuestión alemana parece haber renacido de pronto con sus «tics» antipolacos. Y en la otra frontera del país, en la URSS, los herederos de Sajarov no han ganado todavía definitivamente la batalla.

LA GUERRA ECONOMICA

Pero, aunque los fantasmas del pasado no se hayan desvanecido del todo, la más preocupante guerra que hoy libra Polonia es, sin duda, la económica, que empieza a imponer duros sacrificios. El primer ministro lo ha dicho sin disimulo desde el primer día: «El periodo de los sacrificios va a durar varios años. El problema es lograr liberar la energía social mientras la vida de la



Lo que parecía un bloque monolítico se parte ahora en los estados nacionales.

Según el ministro Hall el paisaje político futuro ha de ser una democracia parlamentaria y sólo los polacos los que decidan su destino.

población sigue siendo dura y continúa la escasez en el mercado. De ello depende el éxito. Por eso debemos partir hacia dos objetivos a la vez: primero, salir de la catástrofe económica y, segundo, realizar las transformaciones democráticas del Estado».

Estas palabras de Tadeus Mazowiecki hablan de la ardorosa preocupación de este hombre, que se negó a ser diputado, a pesar de la insistente petición que para ello le hizo Lech Walesa, y que después polemizó abiertamente con Michnik sobre la conveniencia de que *Solidarnosc* formase Gobierno. El que después sería primer ministro —y el primer «premier» no comunista de un país del Este europeo desde el final de la Segunda Guerra Mundial— defendía desde su semanario «solidaridad que la oposición no debería participar en el Gobierno. Michnik, desde *Gazeta*, lanzó la fórmula finalmente aceptada que posibilitaba la cohabitación: «La jefatura del Estado, para ellos; el primer ministro, para nosotros.»

Mazowiecki asumió la responsabilidad de gobernar, y tampoco resulta espectáculo menor ver por la televisión —contaminada por canales occidentales que pregonan las

Conversaciones

♦♦♦ excelencias rítmicas de *la lambada*— a este antiguo deportado de Jaruzelski sentado al lado del general, en Moscú, rodeado de la élite de la *nomenklatura* comunista, mientras escucha las explicaciones de Gorbachov sobre la cumbre de Malta. No es extraño que tenga una evidente expresión de asombro: los comunistas *eran* sus enemigos. Pero como él ha declarado, de los comunistas que ocupan puestos de responsabilidad en la Administración polaca —que constituyen hoy por hoy un aparato difícilmente sustituible— espera «competencia y lealtad, lealtad para el Estado, independientemente de quien está actualmente en el poder».

Este Gobierno bisoño ha encarado con decisión los problemas del país y ha dicho algo que nadie deseaba oír: que con las reformas económicas en marcha, el paro es inevitable. El mito del pleno empleo, camuflado en empresas ineficientes, con alta inflación, muy baja productividad y una deuda de 40.000 millones de dólares, se ha venido abajo. Un Gobierno sostenido por obreros ha preparado un duro programa económico que empieza con estas rotundas palabras: «La economía polaca requiere cambios fundamentales con el fin de construir un sistema de mercado semejante al que existe en los países altamente desarrollados. Ello debe ocurrir rápidamente mediante operaciones radicales para reducir al máximo la etapa transitoria, muy difícil para la sociedad... Empezamos la transformación en unas condiciones extremadamente desfavorables, la economía está en un estado de desequilibrio que va agravándose, al borde de la bancarrota total de las finanzas del Estado. Desde hace años se hace cada vez más grave la catástrofe ecológica, la crisis de la vivienda, el peso de la deuda externa, la emigración económica de la generación más joven y más activa...»

PLAN DE ESTABILIZACION

El plan, del que son autores el vicepresidente ministro Leszek Balcerowicz, un doctor en Ciencias Económicas formado en una universidad neoyorkina, ex comunista, que ya a finales de los setenta elaboró un programa de saneamiento económico que propugnaba la reconversión industrial y la economía de mercado, y el ministro Witold Trzeciakowski, principal experto económico de «Solidaridad», que preside el Consejo Económico y que, con el pelo al cepillo (como el economista José Luis Sampedro) es más bien un Fuentes Quintana de la economía polaca, no oculta ninguno de los problemas y aspira, pura y simplemente, primero a estabilizar la economía, y,

Malgorzata Niezabitowska, la portavoz: «Estamos cambiando este país, y eso va a llevar tiempo».



después, a hacerla competitiva y eficiente.

Trzeciakowski nos recibió en su despacho silencioso de la sede del Gobierno —donde se apiñan la mayor parte de los ministerios— con el café de rigor y la monótona letanía de las cifras. El plan busca la estabilización y el cambio de sistema, aunque cuenta con ciertas medidas de política social que suavicen la dureza de su aplicación. La ayuda extranjera será imprescindible, pero no ahorrará en ningún caso la austeridad que se ofrece, como medicina inevitable, a toda la sociedad polaca. «Tenemos buenas estadísticas, pero no es cuestión de estadísticas, sino de expectativas», nos dice este superviviente de la sublevación de Varsovia al que los nazis, que le hirie-

ron en un brazo, le impidieron seguir su auténtica vocación, el piano.

UN CAMBIO DECISIVO

Pero un plan económico de esta envergadura, que busca reducir una inflación vertiginosa (fue del 900 por 100 en 1989) a costa de congelar salarios, cerrar empresas no rentables y provocar el desempleo de 400.000 personas, no es precisamente *La Polonesa*. Balcerowicz al presentarlo, se enfrentó a fuertes críticas en el Parlamento, no sólo por parte de los diputados comunistas del POUP (Partido Obrero Unificado Polaco) —que acusaron al Gobierno de ocultar a la sociedad su auténtico objetivo, la restauración del capitalismo en Polonia, sino del sector socialdemócrata de «Solidaridad». Pero Lech Walesa, el árbitro de los actuales destinos polacos, ha echado una vez más la carne en el asador pidiendo el apoyo para lo que el órgano del POUP, *Trybuna Ludu*, califica de «experimento dictado por la presión de los medios financieros internacionales».

Pero el experimento no es sólo el audaz plan económico, sino todo lo que está sucediendo hoy en Polonia. Cuando le dije al adjunto a la portavoz del Gobierno, Henryk Wozniakowski, un periodista católico familiarizado con los clásicos españoles y que habla muy buen castellano, que para definir la situación polaca de crisis sirve un verso de Quevedo que dice «Ayer ha muerto, mañana no ha llegado», replicó: «Lástima que la poesía no siempre nos valga en la vida diaria, en la que nuestro compromiso está en el hoy, que tal vez no es el ayer ni tampoco el mañana, pero que es el día real con el que hay que saber enfrentarse». Al hacer historia de las dificultades del Gobierno Wozniakowski empieza por mencionar la propia composición del Ejecutivo, marcada por los grandes equilibrios, y, después, la inexperiencia de casi todo el nuevo equipo: «Gobernar exige un saber práctico, del que a veces carecemos». Pero como dijo a continuación la señora Niezabitowska, la sonriente portavoz rubia del Gabinete, también periodista y también católica, «todo es ahora complicado. Hay que romper con el pasado y cambiar la mentalidad».

En un fluido inglés perfeccionado en la Universidad de Harvard, donde disfrutó de una beca para periodistas profesionales, esta autora de un libro titulado *Los judíos polacos contemporáneos, los últimos*, publicado en Estados Unidos, Suiza y Alemania Federal, dice: «Es muy difícil explicarle a la gente que realmente estamos cambiando este país. Esto va a llevar tiempo, pero pa-

ra cambiar este país en profundidad necesitamos a toda la nación, necesitamos que la gente cambie su modo de pensar, su modo de trabajar...».

No es totalmente seguro que la poesía no sirva para la lucha diaria, como dice el adjunto a la portavoz. Los polacos, en las grandes ocasiones, echan mano a los poetas. Siguen el consejo de Mickiewicz, el poeta nacional, que, cuando no se ve el milagro recomienda: «Ten valor y mira el corazón de las cosas». Como las miró cuando volvió a su patria el último Premio Nobel polaco, Milosz, que mostró su apoyo a la lucha por la libertad y del cual están grabados en bronce, en Gdansk en los astilleros que han sido escenario de tantos combates, estos versos:

«No te sientas seguro. El poeta se acuerda. Le puedes matar, pero otro ocupará su puesto.»

En el año 1982, cuando «la noche del general» se había adueñado de las calles, los jóvenes dejaban en las paredes esta inscripción: «El invierno es vuestro. La primavera nuestra». Un tal Andrzej Zagóda escribía en un periódico clandestino, desde la prisión de Białoleka, un artículo estremecedor invitando a la resistencia: «Tú sabes cuán punzante es el sentimiento de desolación. Pero sabes también, gracias a tu poeta favorito, que *el alud modifica su curso según las rocas que encuentra*. Y tú quieres ser la roca que modifica el curso de los acontecimientos.» Aquel Zagóda indomable se llamaba en realidad Adam Michnik y hoy es diputado en el «Sejm» y director del periódico que apoya a un Gobierno en el que su antiguo carcelero es ministro del Interior.

En este invierno de 1989, bajo la nieve desapacible, todavía es frecuente encontrar en muchos lugares de Varsovia un «poster» muy popular, que representa a Gary Cooper, como «sheriff» en la película *High Noon*, con el rótulo rojo de *Solidarnosc* en la solapa. Los polacos quizá no saben que esa cinta se titulaba en España, por un capricho de los distribuidores, *Sólo ante el peligro*. Es un símbolo, otro más, que sale al paso del viajero en esta Polonia de hoy que, como ha dicho Lech Walesa, «no es una isla». Los polacos que, con «Solidaridad» en la solapa, pretenden cambiar una Historia aciaga, siguen quizá ante el peligro, pero no están, ya, solos.

Miguel Angel Gozalo es periodista y ha sido subdirector del diario *Madrid*, director del periódico *Informaciones* y director de Televisión Española. Su último trabajo en TVE ha sido dirigir y presentar el programa de debate *Derecho a discrepar*.

“LA AMENAZA ESTA EN LA ECONOMÍA”

Entrevista con Adam Michnik

Si en «Solidarnosc» Mazowiecki es el cerebro y Geremek la palabra, Adam Michnik representa el corazón. Historiador, activista, orador, periodista, Michnik, con 43 años, es una figura central en la Polonia de hoy. Es colaborador de universidades y periódicos occidentales y en 1989 fue elegido «europeo del año». Vestido como cuando era estudiante y era frecuentemente detenido por la policía política, ha hecho de la redacción de «Gazeta» una trinchera de la nueva libertad polaca. Habla francés con un simpático tartamudeo, es un experto en literatura y durante la charla cita a Unamuno y a los escritores polacos contemporáneos sin dejar de fumar uno tras otro cigarrillos «Gitanes» y de atender las interrupciones continuas de unos redactores entusiastas y aguerridos como él.

ANTONIO FONTAN.—Necesitamos tener su orientación y su visión del actual momento polaco, el momento de la gran esperanza de la recuperación de Polonia.

ADAM MICHNIK.—Entiendo que lo único interesante que ustedes quieren escuchar de mí es lo que tenga que decir sobre los peligros que existen para esta esperanza.

A.F.—La esperanza la compartimos todos y los peligros probablemente no somos capaces de identificarlos. Mi primera impresión en esta nueva visita a Polonia es que en este país se vive un clima de libertad que antes no se advertía. No hay miedo y la gente se manifiesta con libertad. Esto es esperanzador. Parece difícil volver atrás en el caso de que los peligros vencieran al esfuerzo liberalizador, fruto de una lucha de años por parte de ustedes, en la que se juntan «Solidarnosc», intelectuales, cárcel, constancia y tenacidad de muchas personas. A diferencia de otros países vecinos, la recuperación de la libertad en Polonia no es una improvisación. Aquí se ha construido una

estructura humana que es capaz de ocupar el Parlamento, entrar en el Gobierno, hacer los periódicos, estar en la televisión... Eso parece un gran motivo para la esperanza.

A.M.—Hasta ahora los peligros de la democracia en Polonia se reducían al problema del ejército soviético. Esta vez las cosas han cambiado. El peligro principal está en la situación interna. La amenaza principal reside en la cuestión económica. En cuanto a la economía, hemos emprendido un camino que antes nadie había andado: pasar de la economía totalitaria a la economía de mercado. Nadie puede anticipar con seguridad las trampas que nos esperan en este camino, ni lo que va a venir primero, o bien el éxito palpable de esta política económica o, por el contrario, los elementos negativos de esta política. Nadie está en condiciones de responder a la pregunta de si el pueblo va a aguantar el proceso de estabilización, con las consecuencias de empobrecimiento notable que se van a producir. El primer peligro es este...